

Las flores de Amanda

Bri era un diamante en bruto, con su sonrisa vivaracha y sus ojillos brillantes. Nadie habría querido perderla jamás. Era una criatura excepcional, sus rizos dorados le enmarcaban el rostro y su piel solía estar adornada por manchas de pintura. Así era ella, única y creativa, risueña y solitaria, salvaje y espontánea.

Bri vivía alejada de todos y de todo, alejada de la ciudad y alejada de todo lo que no eran sus queridos cuadros de pintura al óleo. Todo lo que necesitaba era su cabaña en el bosque.

Se inspiraba en el paisaje y en las florecillas silvestres para plasmar obras de arte impresionantes valiéndose de su imaginación. Allí llevaba una vida tranquila y ni siquiera echaba en falta una familia, al menos hasta que conoció a Tyson.

Conoció al muchacho durante una corta estancia en la ciudad y quedó prendada de él al instante. Ahora planeaba mudarse a la ciudad para estar con él y debía despedirse de todas las cosas que le resultaban familiares. Debía decir adiós a las flores, al cielo despejado sin una pizca de polución, al agua cristalina del arroyo y a los pájaros cantarines que la despertaban por las mañanas. Pero todo sacrificio era poco con tal de poder admirar diariamente la sonrisa perfecta del chico.

Las cosas sucedieron según lo planeado y antes de diciembre Bri ya se había instalado en la ciudad en casa de Tyson. Al principio a la chica todo le parecía enorme y extraño, pero terminó por acostumbrarse. Todo marchaba perfectamente hasta que una noticia alarmante captó la atención de Bri.

-En el periódico dicen que ha desaparecido una chica joven en esta ciudad, creo que hace dos días-destacó la joven con la prensa en las manos una mañana.

-No me sorprende, es la octava ya, al menos que sepamos. Hay quienes creen que esta ciudad está maldita-respondió Tyson restándole importancia al asunto.

Bri intentó olvidar aquel inquietante suceso, pero se mantuvo presente en su mente durante el resto de la mañana.

Ella visitó la plaza todavía pensando en lo sucedido, no apartó de su mente ese pensamiento hasta que entró en una pequeña y acogedora floristería. Le había llamado la atención desde el día en que llegó, pero no había conseguido tiempo para entrar antes.

-¿Margaritas blancas? Creo que las amarillas combinan con tu cabello a la perfección-le aconsejó a Bri una mujer con voz ronca en la sección de las margaritas.

Era una mujer adulta con la piel oscura y con un turbante en la cabeza. Sus muñecas estaban adornadas por infinidad de brazaletes y desprendía un extraño olor a incienso.

La extraña sonreía radiante a la joven, aunque Bri apreció que en su mirada se ocultaba un deje de tristeza.

-¿Margaritas amarillas? Suena bien, lo tendré en cuenta.-respondió la chica-Soy Bri, por cierto.

-Amanda, un placer.

Amanda resultó ser una mujer agradable. Bri le habló sobre sus aficiones y le explicó que el motivo por el que había visitado la floristería era para inspirarse. Amanda sabía mucho sobre flores y le transmitió algunos de sus conocimientos sobre ellas a Bri.

-Adoro las flores, son preciosas y si se marchitan no es por sufrimiento, sino porque les ha llegado la hora. Ellas ni sienten ni padecen, ojalá ser como ellas.-le explicaba la mujer misteriosa.

Cuando se separaron y Bri volvió a la plaza un chico joven la frenó y le advirtió:

-No deberías juntarte con esa mujer, es una bruja y te matará. No querrás acabar como todas las demás. Todos sabemos que es una oscura hechicera.

Por ese entonces la chica no entendió a qué se refería y atribuyó las extrañas declaraciones del joven a los efectos de alguna droga o del alcohol, pero más tarde (tal vez demasiado) terminó por comprenderlo.

Sus reuniones con Amanda se convirtieron en costumbre y Bri averiguó que la mujer perdió a sus dos hijas, por eso su única compañía eran las flores de su precioso jardín (uno que prometió enseñarle). La chica comenzó a distanciarse de Tyson, se veían pocas veces cuando coincidían en casa y por eso necesitaba una amiga.

Llegó el día de Navidad y Bri no podía estar más emocionada, había planeado pasar un día maravilloso con Tyson para compensar esas semanas que habían pasado algo apartados. Por desgracia, las cosas no sucedieron según lo planeado. Por la mañana el chico llamó a Bri para posponer su cita hasta la noche porque le había surgido algo. Esto decepcionó un poco a la chica, pero lo aceptó y salió a dar un paseo por la calle para esperarlo.

Llevaba unas horas caminando por las calles heladas observando a las personas. Había parejas paseando agarradas de la mano, padres desesperados que entraban con prisa a las tiendas a comprar regalos para sus niños, grupos que cantaban villancicos... Todos parecían ocupados, Bri era la única que deambulaba sin tener nada que hacer.

Un rato después comenzó a nevar y la muchacha se dirigió a una cafetería para resguardarse del frío. Aunque estaba sola el ambiente navideño la animó bastante. Las luces de colores, las risas, la alegría... todo contribuía a ello.

La alegría lo inundaba todo hasta que se asomó por el escaparate de la cafetería y vio una escena que hizo que todo su mundo se viniese abajo. Primero divisó a una chica muy bella, quizás la más bella que jamás había visto. Ella era morena y con el pelo lacio, seguro que ni siquiera le costaba peinarlo. Los labios de la chica acariciaban los de alguien más, los de Tyson.

Bri salió corriendo con los ojos anegados en lágrimas, mientras que el chico no necesitó girarse para saber que lo habían descubierto. Ahora Bri lloraba desconsoladamente en un portal lamentándose por haber renunciado a todo aquello cuanto amaba por alguien que no la valoraba. Era Navidad, las personas cenaban felices en sus casas y abrían regalos en un ambiente cargado de sueños y esperanzas. ¿Qué hacía ella allí? ¿Es que acaso no merecía algo mejor?

Una gran mano repleta de anillos se extendía ante Bri, era Amanda con una expresión de profunda tristeza.

-Ven mi niña, yo haré desaparecer tu dolor para siempre. Nunca nadie te hará más daño, como a las flores.

La joven agarró su mano con fuerza.

Tyson corría desesperado por las gélidas calles buscando a Bri. “¿Y si le ha pasado algo?” “¿Y si la bruja le ha hecho daño?” pensaba el muchacho. La nieve seguía cayendo, no daba tregua y el chico cada vez estaba más cansado. Frenó en seco cuando pasó por delante de un amplio jardín en el que... ¿¡No caía la nieve!? Debía ser cosa de magia, cientos de margaritas amarillas descansaban entre la hierba seca. Era como si una especie de campo invisible frenase la caída de la nieve para proteger a las flores.

Entonces una idea alocada cruzó por la mente del muchacho.

-¿Bri? ¡Oh Bri! ¿Qué te han hecho?-exclamó él arrodillándose frente a una hermosa y recién nacida margarita, su corola recordaba a los relucientes rizos dorados de la chica.

Bri no sufrió nunca más, ni el resto de flores que una vez fueron mujeres que habitaban el jardín. La nieve siguió cayendo fuera, pasó la noche de Navidad y ni Tyson ni Bri la pasaron juntos. Nunca más.

Less